



Fiesta de Santo Tomás de Aquino

Teologado de Alicante, 28 de enero de 2019

Al igual que el pasado año, hoy fiesta de Santo Tomás de Aquino, nos volvemos a reunir en nuestro Teologado Diocesano. De entonces a hoy, el Espíritu nos ha seguido deparando momentos significativos en el vida eclesial: así hemos seguido la XV Asamblea General del Sínodo de los Obispos, dedicada a un tema de honda incidencia en la realidad de nuestros Seminarios y de la Pastoral Vocacional: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, con un profundo documento final que procede estudiar y acoger junto a las palabras que Papa Francisco ha ofrecido a la Iglesia en la JMJ de Panamá de estas fechas; también la enseñanza magisterial del Santo Padre nos ha regalado en el decurso de este último año la Exhortación Apostólica “Gaudete et exultate”, que revive para nosotros el llamamiento a la santidad en el mundo actual, y en la que apunta de diversas maneras a la relación entre el conocimiento de la verdad revelada por Dios y la vida de fe en la que éste se debe encarnar. Cuestión que conviene recordar en un día como el de Santo Tomás, maestro en esta relación, y modelo para cuantos debemos desde el estudio de las cosas de Dios acceder a una vida según su voluntad, pidiendo al Señor “un corazón sabio e inteligente” –don suyo, como nos ha recordado la primera lectura, del Libro de los Reyes-.

Jesús en el Evangelio que hemos escuchado nos habla de cuanto Él ha señalado anteriormente en las Bienaventuranzas, pidiendo algo tan concreto como las obras buenas, esto es las obras de la luz, viendo a las cuales los hombres sean inducidos a dar gracias a Dios, Padre de los cielos.

La enseñanza que encierran ambas comparaciones, la sal y la luz, es que los discípulos de Jesús son para el mundo y no para ellos mismos. La misión del discípulo de Jesús es ser para los demás, dar testimonio con su vida y sus gestos ante un mundo necesitado de Dios. Muchas veces hemos

replegado la religión en el ámbito de la intimidad y de lo privado, y nos hemos olvidado que la esencia del discípulo –“discípulo misionero” como gusta decir el Papa- es ser para los demás, salir y abrirse al mundo, a la tierra que necesita del sabor del Evangelio que trasciende y libera, y de la luz de Dios que ilumina la noche de la Humanidad. Jesús nos señala a nosotros la misión y la tarea que nos es común a cuantos le seguimos: dar sabor y resplandecer. Esto es especialmente claro para quienes se preparan a servir al Pueblo de Dios, para vosotros, y especialmente evidente para precisar el fin de vuestro estudio y formación.

Ser para los demás es determinante, como señala Papa Francisco en “Gaudete et exultate”, determinante para agradar a Dios; dejándonos transformar a la luz de la misericordia, haciendo que “el don de Dios que recibimos en él, se manifieste en la entrega a los hermanos” (n.104). La misericordia es la clave, el criterio, la viga maestra, la plenitud; ella -dirá- “es la llave del cielo” (cf. 105).

Y quiero traer sus palabras –precisamente hoy-, que él refiere a Santo Tomás de Aquino, a quien cita varias veces en su Exhortación Apostólica; diciendo: “No puedo dejar de recordar aquella pregunta que se hacía Santo Tomás de Aquino cuando se planteaba cuáles son nuestras acciones más grandes, cuáles son las obras externas que mejor manifiestan nuestro amor a Dios. El respondió sin dudar que son las obras de misericordia con el prójimo... la misericordia, que socorre los defectos ajenos, es el sacrificio que más le agrada...” (n. 106). Y así, tras tomar estas palabras de Santo Tomás de Aquino, de su Suma Teológica, concluirá el Papa: “Quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia” (n. 107).

Queridos seminaristas: en diversas ocasiones –especialmente con motivo de celebrar la Inmaculada- desde la lectura del Evangelio de la Anunciación, os he animado a contemplar vuestra estancia en el Seminario como tiempo para cercioraros de la llamada que el Señor os hace y de madurar vuestro generoso sí como respuesta. Hoy os animo, desde la compasión que debemos sentir hacia la Humanidad que en su mayoría no conoce a Dios y la Buena Noticia de su amor misericordioso que es Jesús, a que con entrañas de misericordia avancéis en ser sal y luz

de Cristo, a que por ello estudies y maduréis como personas y discípulos, a que aprendáis –en este tiempo del Seminario- a despertar y a servir la vocación misionera de los cristianos y las comunidades que se os confíen, sostenidos por la gracia del Sacramento del Orden; aumentando cada día, a ejemplo de Santo Tomás de Aquino, el “anhelo de santidad” y la “dedicación a las ciencias sagradas”, desde las que serviréis a vuestros hermanos.

Nuestros estudios teológicos están bajo la especial luz e intercesión de S. Vicente Ferrer, hermano de Orden de Santo Tomás; que él en el Año Jubilar suyo os bendiga y acompañe a todos los que formáis nuestro Seminario; al igual que a toda nuestra querida Diócesis de la que es Patrono. Que todos, por la intercesión de María, nuestra Madre, seamos buenos discípulos que decimos sí a Dios como ella; que como ella entreguemos nuestras vidas como testigos de las maravillas que Dios sigue haciendo con amor y misericordia a favor de su Pueblo. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.